

ble hermosura. Las almas débiles y pecadoras en vano intentan pasar el puente, y pronto ruedan al fondo del insaciable abismo; las que rindieron su culto á la virtud ó dieron su sangre por la causa del Profeta, lo atraviesan con seguro paso y entran triunfantes en la mansion divina de los goces eternos.

De análoga manera pudiera pintarse el camino que conduce á las ideales regiones de lo bello y lo sublime artísticos. Tambien es puente imperceptible tendido sobre el abismo de lo ridículo y de lo monstruoso y guardado por el Azrael inexorable de la crítica. ¡Ay de la medianía que intenta atravesarlo! ¡Llor al verdadero genio que pasa por el puente temeroso!

Ese puente lo ha pasado el Sr. *Echegaray*. Momentos ha habido en que parecia atraído por el abismo y dominado por el vértigo. Límite casi invisible lo separaba de la monstruosidad; un paso en falso, un leve tropiezo podian hacerle franquear la imperceptible distancia que á lo sublime de lo ridículo separa. Por fortuna el paso no se ha dado; por vigoroso impulso su genio ha arrollado las dificultades y desafiado los peligros, y el ángel implacable ha tenido que rendir su espada vencedora ante el poeta que penetraba triunfante en las regiones de lo bello y de lo sublime.

¡Y era grande el peligro á no dudarlo! Acometer de frente las dificultades de que está erizado ese género romántico—que es peligroso é inseguro camino que de una parte termina en lo sublime y en lo ridículo de otra, y que está vedado eternamente, no sólo á las me-

dianías, sino al talento mismo, cuando no va acompañado del genio;—buscar como resortes del drama las pasiones más violentas que en el alma se agitan, llevadas al punto más alto de exacerbacion, los conflictos más terribles é inusitados en que puedan hallarse las conciencias, los sucesos más excepcionales y extraordinarios que en la complicada trama de la vida puedan sobrevenir; asentar, como cimientos del edificio, no lo que diariamente piensan, sienten y ejecutan los hombres, sino lo que sólo á título de singularísima excepcion puede admitirse en la realidad; dar á los personajes, á los afectos, á las situaciones, á todos los elementos del drama, en suma, proporciones ciclópeas, exponiéndose á producir, en vez de creaciones á lo Miguel Angel, monstruosidades semejantes á los engendros del arte de los indios; fundir, por último, todos estos elementos en una concepcion atrevida, originalísima, extraordinaria, y vaciarlos en el molde de una inspiracion acalorada, vigorosa, candente, especie de abrasado hornillo en que hierven á la par lo monstruoso y lo sublime, lo genial y lo extravagante, lo grande y lo absurdo: empresa era tan llena de peligros, tan erizada de dificultades, que sólo era lícito acometerla á quien tuviera singular confianza en su propia fuerza y se creyera dotado de todo ese conjunto de excepcionales cualidades que constituyen el genio.

Por eso el camino que el Sr. *Echegaray* emprende es más para celebrado que para seguido; por eso el género romántico nunca puede ser regla, sino excepcion.

Poned en manos de un escritor discreto, dotado de talento, pero desprovisto de genio, el argumento del drama del Sr. *Echegaray*, y no es dudoso que difícilmente registrará la historia del arte dramático engendro más monstruoso, más ridículo y más enérgicamente silbado por el público que la obra que semejante escritor conciba. El más leve desliz, el más insignificante descuido bastan para precipitar producciones semejantes desde las cimas de lo sublime á las profundidades de lo ridículo. Recorrer con vuelo rápido la extensa llanura, es empresa permitida al más débil pajarillo; penetrar en el intrincado bosque, ya le ofrece mayores peligros; pero remontarse á las cimas del Himalaya, sólo es lícito al águila imperial.

No es nuestro intento referir al lector el argumento de *En el puño de la espada*. Aparte de que sería privarle del más poderoso atractivo de este drama, que es el palpitante interés y la profunda emoción que en el ánimo produce, *En el puño de la espada* es una de esas obras que son por naturaleza refractarias á toda descripción. Fácilmente se pinta ó relata lo que se encierra en los límites de lo vulgar, nunca lo que los excede y traspasa. El último gacetillero puede dar á sus lectores cabal idea de *El sí de las niñas*; pero, ¿qué relato que no sea pálido reflejo, cuando no torpe profanación, puede hacerse del *Hamlet* ó de *La vida es sueño*? Explicar el argumento de tales obras vale tanto como describir en una cédula de vecindad las facciones de una mujer hermosa. Renunciemos, pues, á tamaña empre-

sa, y procuremos en cambio señalar las bellezas que encierra la obra del Sr. *Echegaray*.

Si lo sublime es (como afirma la mayoría de los estéticos modernos) esa extraordinaria superabundancia de la esencia, ese inmenso desarrollo de la fuerza, que no pueden encerrarse en forma alguna sensible, porque no hay forma capaz de contenerlos, lo sublime dramático se halla realizado en el drama del Sr. *Echegaray*. En las dos situaciones finales de los dos últimos actos, en esas dos situaciones, que no se hubieran desdeñado de concebir Shakespeare y Calderon de la Barca, está, no ya lo sublime dramático, sino lo sublime trágico con todo su inmenso y grandioso horror. Sí; esencia superabundante, fuerza que necesita desbordarse y en que forma alguna se puede encerrar, es aquella suma de violentas pasiones, aquel pavoroso conflicto de extremadísimos afectos, que desgarran en implacable lucha la conciencia y el corazón del protagonista, y se desbordan al cabo, produciendo una de esas explosiones de sentimiento y de dolor que rompen en pedazos todas las fibras del alma, y que al cabo concluyen con la misma vida.

Aquel hijo que á un tiempo descubre la deshonra de su madre y la inevitable muerte de su amor, que por ocultar la primera sacrifica en el acto segundo todas sus ilusiones, todas sus esperanzas, todo su porvenir; aquel hijo que, para mayor horror y quebranto, sabe en el acto tercero que es fruto vergonzoso de la deshonra y el oprobio; que, para desdicha mayor, el rival aborre-

cido que le roba el amor de la que adora, es su propio padre, y que, por último, tiene que sacrificar su vida á la honra de su madre, sepultando en su pecho el puñal que anuncia su vergüenza y encerrando en su tumba, como el único seguro inviolable, la espada que guarda en su sangriento puño el secreto de la deshonra maternal; aquel hijo, repetimos, es la realizacion más acabada de lo sublime trágico, la creacion más colosal, más extraordinaria, más terrible y á la vez más bella que ha producido en nuestros dias la musa dramática. ¡Sí! eso es lo sublime, eso es lo grande, y el hombre que ha sido capaz de concebir y ejecutar eso, sin caer en el melodrama, ni precipitarse en lo ridículo, es un verdadero genio, es un poeta dramático de primera fuerza, á quien deben perdonarse todos los defectos que en su obra se hallan, como se perdonan al sol las manchas que empañan, pero no apagan, ni siquiera oscurecen sus claros resplandores.

Enredador de esa grandiosa figura, que en breve cifra compendia las más violentas pasiones y los más nobles y generosos impulsos que pueden agitar al espíritu humano, giran otras, menores en importancia, pero en general, vigorosamente trazadas y sentidas. De desear hubiera sido, sin embargo, que en el pecho de doña Violante tuviera más fuerza el amor maternal que el de la honra propia, y no remitiera á ocasion tan tardía la revelacion del nacimiento de D. Fernando. El drama nada perderia con eso, ni la magnífica situacion que sirve de catástrofe se hacía imposible, como á primera

vista parece, pues depende de un suceso extraño á la voluntad de doña Violante, y que ésta no evitaba con la revelacion supradicha. En cambio, el nuevo y terrible conflicto en que D. Juan de Albornoz se veria á consecuencia de revelacion semejante, hubiera sido acaso un nuevo y poderoso resorte dramático, dando á la vez mayor interés á este personaje, y despojándole un tanto de la excesiva odiosidad de que está revestido; agregándose á estas ventajas la de impedir que quede en doña Violante cierto marcado tinte de egoismo que deslució mucho y hasta hace antipática su figura.

Don Rodrigo de Moncada es una hermosa personificacion del honor castellano, que nada perderia con que el Sr. *Echegaray* suavizara un poco la exageracion que manifiesta cuando en el primer acto sorprende en amoroso coloquio á D. Fernando con la desventurada Laura. Esta última, víctima inocente de ajenos pecados, es una figura dulce, simpática é interesante, pero algo incolora; y el viejo escudero, Peralta, trasunto demasiado fiel del Parreño de *La esposa del vengador*, está retratado con maestría. Respecto al conde de Orgaz, parécenos que es el tipo más débil de la obra, si bien, dados sus odiosos caractéres, era difícil esperar otra cosa, porque el mal, cuando reviste tan repugnantes formas, nunca puede ser bello ni artístico.

Abunda el drama en magníficos pensamientos y frases de primera fuerza, como las que dirige en el último acto D. Fernando á D. Juan, sin que falten parlamentos bellísimos, como la historia de doña Beatriz de Mon-

cada, y elevados trozos de versificación vigorosa y fácil. Tales son los merecimientos de la obra. Tratemos ahora de señalar sus defectos.

Enojosa tarea es la de rebuscar imperfecciones en obras de la talla de *En el puño de la espada*. Fácil nos sería, sometiéndola á minucioso exámen, señalar en ella notables inverosimilitudes de todo género, recursos y efectos falsos, y otros lunares, que en toda obra humana, por perfecta que sea, se encuentran. Moratin y Clemencin sometieron á críticas de este género el *Hamlet* y el *Quijote*, probando cumplidamente el primero que la obra de Shakespeare estaba plagada de garrafales errores, y el segundo que Cervantes pecaba repetidas veces contra la Gramática castellana. ¿Y cuál fué, sin embargo, el resultado de tales críticas? Quedar tan inmaculada como ántes la gloria de los criticados, y sufrir daño no pequeño la reputación de los críticos. Y es que, cuando á los defectos acompañan bellezas de primer orden; cuando al lado de esas sombras brillan torrentes de deslumbradora luz; cuando los errores proceden del desorden y del atrevimiento del genio, y no de la ineptitud é ignorancia de la medianía, la crítica, que ve con ojos de lince los defectos, y con ojos de topo las bellezas; la crítica, que se obstina en rebelarse contra el fallo unánime de la opinión, avasallada por el genio, se rebaja de su altura y profana su misión augusta, y se convierte, de tribunal severo de íntegros é ilustrados jueces, en alborotadora jauría de perros que ladran á la luna porque su resplandor ofende sus débiles pupilas

Por eso nosotros, que no queremos imitar á críticos tan desdichados, que entendemos la crítica de otra manera y vemos en sus censuras, no la manifestación de saña ruin, sino el cumplimiento de una misión augusta, renunciamos á someter á un general exámen de retórico la obra del Sr. *Echegaray*, y sólo señalaremos en ella aquellos defectos de más bulto, y cuya indicación es un servicio al poeta y no un agravio al genio.

Aparte de lo ya dicho al ocuparnos del personaje de doña Violante, fuerza nos es manifestar al Sr. *Echegaray* que, el recurso del puñal de Peralta, aunque original é ingenioso, es completamente falso. Ciertamente que sin él parece injustificada la catástrofe; pero á un escritor como el Sr. *Echegaray* sobran recursos para hacer necesaria ésta, sin caer en el gran error de suponer verosímil que un moribundo escriba con sangre en la hoja de un puñal palabras tan indeleblemente grabadas que ningún medio haya para hacerlas desaparecer. La belleza de la situación disimula esta inverosimilitud enorme, y el autor logra imponerse al público hasta el extremo de hacerle aceptar, como por sorpresa, lo que en otro caso rechazaría de seguro; pero sobre que esto es muy peligroso, y no se repetiría en otra obra impunemente, ni es lícito á los ojos del arte y de la crítica, ni es necesario á un autor á quien tantos recursos, felices, á la par que verdaderos, puede deparar su privilegiado ingenio.

Mayor cuidado todavía debe poner el Sr. *Echegaray* en dar mayor interés á los comienzos de los actos,

abreviando las escenas, casi siempre inútiles, entre personajes secundarios con que principian, y renunciando á ingerir en la obra elementos cómicos; pues la Naturaleza, al darle el don de genio, le negó el instinto de lo cómico, é hizo bien en esto, pues fuera demasiada largueza dotarle de tantas dotes peregrinas. Los graciosos del Sr. *Echegaray*, á la manera de los de Calderon, no tienen gracia ninguna, y no hay cosa de peor efecto que tratar de hacer reir al público sin conseguirlo. Piénselo bien el Sr. *Echegaray* y renuncie definitivamente á seguir un camino por que no le llama Dios.

Repetidas veces hemos censurado en el Sr. *Echegaray* el exceso de lirismo que hay en sus dramas. El Sr. *Echegaray*, que es un gran poeta dramático, tiene poco ó nada de lírico, y al punto que quiere arriesgarse por este camino, cae en la afectacion conceptista, en la hinchazon culterana, en la impropiedad y en el mal gusto. Compare el Sr. *Echegaray* las escenas del primer acto, llenas de insoportable lirismo, con la espontánea, natural y deliciosa relacion de la historia de doña Beatriz de Moncada, con las admirables escenas del acto tercero, entre Laura y D. Juan, y entre éste y D. Fernando, y con otra multitud de pasajes en que, abandonando sus funestas aficiones líricas, se ha entregado con entero abandono á su espontánea inspiracion, y no dudamos que nos dará la razon en este punto y renunciará á llenar sus obras de metáforas falsas, conceptos alambicados, discreteos enfadosos y arrebatos líricos de dudoso gusto. No lo olvide el Sr. *Echegaray*,

porque este es quizá el defecto más grande de sus obras, y de paso procure no permitirse ciertas inusitadas libertades en materia de versificacion, cuidando de que ésta sea más igual y más correcta, pues al lado de trozos bellísimos y sonoros, hay otros en ella que son verdaderamente imperdonables.

Tales son los defectos de más bulto que en la obra del Sr. *Echegaray* hemos encontrado. Cumplimos, al señalarlos, con una penosa tarea; pero á ello nos obliga el mismo interés del Sr. *Echegaray*, y de ello nos consuela la certeza de que no son bastantes para compensar las arrebatadoras bellezas de su drama; con ellos y sin ellos, *En el puño de la espada* es una de las producciones más grandiosas, más inspiradas y más bellas que nuestra literatura contemporánea registra; y ninguno de ellos es suficiente á oscurecer los méritos de esta produccion magistral, grandiosamente concebida y ejecutada, llena de situaciones y efectos de primer orden, animada por una inspiracion levantada, calurosa, llena de movimiento y de vida, y marcada en más de un pasaje por ese sello de sublimidad que caracteriza á las obras del verdadero genio. Por ello ponemos aquí punto á nuestra crítica, enviando nuestra entusiasta felicitacion al Sr. *Echegaray* y á la escena española, á quien, con adalides tan poderosos como el autor de *En el puño de la espada*, esperan dias de gloria que renovarán el esplendor de sus antiguas tradiciones.

.....
Antonio Vico ha rayado en la ejecucion de esta obra

á inmensa altura. Si el Sr. *Echegaray* se ha revelado como un genio dramático, en el Sr. Vico se reveló también un actor de genio; si el primero ha llegado á lo sublime, el segundo no le ha ido en zaga. Cuanto en elogio del Sr. Vico dijéramos, sería pálido al lado de la realidad. ¡Eso es sentir, eso es representar, eso es ser actor! Verdad, naturalidad, calor, inspiracion, todo lo que constituye un gran actor, todo eso demostró anoche el Sr. Vico. Nosotros le enviamos nuestros entusiastas plácemes, y le deseamos nuevos triunfos como el legítimo y ruidoso que alcanzó anoche.»

CAPÍTULO VII.

Resúmen de la parte segunda. — Carácter romántico de *La esposa del vengador*. — Carácter realista de *La última noche*. — Carácter armónico, ó union de los elementos realistas-románticos de *En el puño de la espada*.

En la vida de los poetas y de los artistas, como en la de los seres vulgares, se verifican siempre transiciones más ó ménos violentas, en buen ó mal sentido, que determinan las fases de su vida; sino que, como la de estos hombres privilegiados tienen una doble manera, la física ordinaria y la intelectual, se hace preciso referir estas fases á la última, cuyos accidentes son las obras escritas y cuyos caracteres son el genio, ó el talento del artista ó el poeta, su inspiracion, su estilo y todas las manifestaciones de su inteligencia. Hay en esta segunda vida nacimiento, infancia, juventud, edad viril y vejez ó decrepitud, no coincidiendo estas edades con las de la vida comun, sino frecuentemente todo lo contrario, ya que no es cosa extraña ni difícil hallar ingenios jóvenes de sesenta años y decrepitos de treinta, porque en la vida de la inteligencia se nace al mismo tiempo ó despues, se vive más aprisa ó más despacio y se muere con anticipacion ó á la vez.